

Charles Bukowski
MUJERES



EDICIONES VENENO



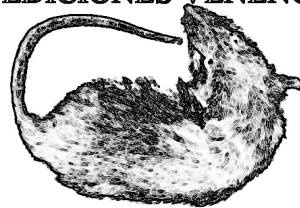
Charles Bukowski

Mujeres

Traducción de Jorge Berlanga

2010

EDICIONES VENENO



«Más de un hombre bueno ha
acabado en el arroyo por culpa de
una mujer.»

HENRY CHINASKI

1

Tenía cincuenta años y no me había acostado con una mujer desde hacía cuatro. No tenía amigas. Las miraba cuando me cruzaba con ellas en la calle o dondequiera que las viese, pero las miraba sin ningún anhelo y con una sensación de inutilidad. Me masturbaba regularmente, pero la idea de tener una relación con una mujer —incluso en términos no sexuales— estaba más allá de mi imaginación. Tenía una hija de seis años de edad nacida fuera de matrimonio. Vivía con su madre y yo pagaba su mantenimiento. Yo había estado casado años antes, a la edad de 35. El matrimonio duró año y medio. Mi mujer se divorció de mí. Sólo una vez en mi vida había estado enamorado, pero ella murió de alcoholismo agudo. Murió a los 48 años, cuando yo tenía 38. Mi mujer era doce años más joven que yo. Creo que también ella está ahora muerta, aunque no estoy seguro. Me escribió después de divorciarnos todas las navidades una larga carta durante seis años. Yo nunca respondí...

No sé muy bien cuándo vi por primera vez a Lydia Vanee. Fue hace cerca de seis años y yo acababa de dejar un trabajo de doce años como empleado de correos para hacerme escritor. Estaba aterrorizado y bebía más que nunca. Estaba intentando empezar mi primera novela. Me bebía una botella de whisky y una docena de cervezas cada noche mientras escribía. Fumaba puros baratos y le pegaba a la máquina de escribir y escuchaba música clásica en la radio hasta que amanecía. Me había fijado un mínimo de diez páginas por noche, pero hasta el día siguiente, nunca podía saber cuántas páginas había escrito. Me levantaba por la mañana, vomitaba y entonces me iba hasta la sala y miraba en el sofá para ver cuántas hojas había. Siempre excedían de las diez. Unas veces había 17, otras 18, 23, 25 páginas. Por supuesto, el trabajo de cada noche tenía que ser corregido o tirado a la basura. Me llevó veintiuna noches escribir mi primera novela.

Los dueños del apartamento donde entonces vivía, que vivían en la parte de atrás, pensaban que estaba chiflado. Todas las mañanas, al despertarme me encontraba con una gran bolsa de papel marrón en el porche. El contenido solía variar, pero la mayoría de las veces las bolsas estaban llenas de tomates, rábanos, naranjas, cebolletas, botes de sopa y cebollas. Muchas noches me iba a beber cerveza con ellos hasta las cuatro o las cinco de la madrugada. El viejo acababa yéndose a dormir y su señora y yo nos cogíamos de la mano y a veces nos



besábamos. Siempre le pegaba un buen beso en la puerta al despedirme. Su cara estaba terriblemente arrugada, pero ella no tenía la culpa. Era católica y tenía una pinta muy graciosa cuando se ponía su sombrero rosa y se iba a misa los domingos.

Creo que conocí a Lydia Vanee en mi primer recital de poesía. Fue en una librería de la Avenida Kenmore, la librería Drawbridge. Estaba otra vez aterrorizado. Mucho más que aterrorizado. Cuando entré apenas había un alfiler. Peter, que llevaba la librería y vivía con una negra, tenía delante de él una pila de billetes.

—¡Mierda —me dijo—, si siempre pudiera llenar esto de igual manera tendría bastante dinero para hacerme otro viaje a la India!

Yo entré y comenzaron a aplaudirme. En lo que se refería a lecturas poéticas, me lucía la gloria por las pelotas.

Leí durante media hora y entonces hubo un descanso. Todavía estaba sobrio y podía sentir todos los ojos mirándome fijamente desde la oscuridad. Algunas personas subieron a hablar conmigo. Y luego, durante un momento de calma, subió Lydia Vanee. Yo estaba sentado a la mesa bebiendo cerveza. Ella puso ambas manos en el borde de la mesa y se inclinó para observarme. Tenía una larga cabellera castaña, nariz prominente y uno de sus ojos no acababa de conciliarse con el otro. Pero proyectaba vitalidad —una de esas personas que no pueden pasar desapercibidas. Sentí correr vibraciones entre nosotros. Algunas eran confusas y no parecían buenas vibraciones, pero allí estaban. Ella me miraba y yo la miraba a mi vez. Llevaba una chaqueta vaquera de ante con flecos en el cuello. Tenía unas buenas tetas. Le dije:

—Me gustaría rasgar esos flecos de tu chaqueta... Podríamos empezar aquí mismo.

Lydia se fue. No había funcionado. Nunca sabía qué decir a las mujeres. Pero ella tenía un verdadero culo. Contemplé aquel hermoso culo mientras se alejaba. La culera de sus jeans se ajustaba a él y se mecía mientras yo clavaba inmóvil mi mirada.

Acabé la segunda parte del recital y me olvidé de Lydia igual que olvidaba a las mujeres que me cruzaba por la calle. Recogí mi dinero, firmé algunos autógrafos en servilletas y trozos de papel, salí de allí y conduje de vuelta a casa.

Todavía seguía trabajando cada noche en la novela. Nunca comenzaba a escribir antes de las 6:18 de la tarde. Esa era la hora en que solía fichar en la oficina de correos. Ellos vinieron a las seis: Peter con Lydia Vanee. Abrí la puerta y Peter me dijo:

—¡Mira, Henry, mira lo que te traigo!

Lydia se subió a la mesilla del café. Sus jeans parecían más ajustados que nunca. Agitó su larga cabellera de un lado a otro. Era enloquecedora, era milagrosa. Por primera vez consideré la posibilidad de hacer realmente el amor

con ella. Empezó a recitar poesía. Suya. Bastante mala. Peter intentó pararla.

—*¡No! ¡Nada de poesía rimada en casa de Henry Chinaski!*

—Déjala, Peter.

Quería contemplar sus nalgas. Ella no paraba de moverse en aquella vieja mesa. Entonces se puso a bailar. Agitaba los brazos. La poesía era terrible, el cuerpo y la locura no lo eran en absoluto.

Lydia bajó de un salto.

—¿Te ha gustado, Henry?

—¿El qué?

—La poesía.

—No mucho.

Lydia se quedó allí de pie con sus hojas de poemas en la mano. Peter la abrazó.

—¡Vamos a joder! —le dijo—. ¡Venga, vamos a joder!

Ella se separó de un empujón.

—¡Está bien —dijo Peter—, entonces me voy!

—Pues vete. Yo tengo mi coche —dijo Lydia—, puedo volver sola a casa.

Peter se fue hacia la puerta. Entonces paró y se dio la vuelta.

—¡Muy bien, Chinaski! ¡No te olvides de lo que te he traído!

Dio un portazo y desapareció. Lydia se sentó en el sofá. Yo me senté a su lado, ligeramente separado. La miré. Se la veía maravillosa. Estaba asustado. Me incliné hacia ella y toqué su pelo. Era mágico. Retiré mi mano.

—¿Es de verdad tuyo todo este pelo? —le pregunté.

—Sí —dijo ella.

Puse mi mano bajo su barbilla y torpemente traté de dirigir su cabeza hacia la mía. No se me daban muy bien estas situaciones. La besé suavemente.

Lydia se levantó de un salto.

—Debo irme. Estoy pagando a una canguro.

—Oye —le dije—, quédate. Yo la pagaré, sólo quédate un rato más.

—No, no puedo —dijo ella—, debo irme.

Se fue hacia la puerta. La seguí. Abrió la puerta. Entonces se volvió hacia mí. Me acerqué a ella una última vez. Aproximó su cara y me dio un beso pequeñísimo. Luego me puso un puñado de papeles en la mano y se marchó. La puerta se cerró. Me senté en el sofá con los papeles en mis manos y la oí poner en marcha el coche.



Los poemas estaban grapados juntos, fotocopiados, y se titulaban *ELLLLLL*. Leí unos cuantos. Eran interesantes, llenos de humor y sexualidad, pero estaban muy mal escritos. Eran de Lydia y sus tres hermanas —todas igual de alegres, valientes y sexys. Eché las hojas a un lado y abrí una botella de whisky. Ya había oscurecido. En la radio sonaban Mozart y Brahms y los Bee.

2

Un día o así más tarde recibí por correo un poema de Lydia. Era un largo poema que empezaba así:

Sal, viejo ogro,
Sal de tu oscuro hoyo, viejo ogro,
Sal a la luz del sol con nosotras y
Déjanos poner margaritas en tus cabellos...

El poema venía a decirme lo bueno que sería bailar en la campiña con hembras cervales que me procurarían gozo y conocimiento verdadero. Dejé la carta en el escritorio.

A la mañana siguiente me despertaron unos golpes en los paneles de cristal de mi puerta. Eran las diez y media de la mañana.

—Lárguese —dije.
—Soy Lydia.
—Está bien, espera un momento.

Me puse una camisa y unos pantalones y abrí la puerta. Entonces me fui corriendo al baño a vomitar. Traté de lavarme los dientes pero lo único que conseguí fue vomitar de nuevo. La dulzura de la pasta de dientes me revolvía el estómago. Salí.

—Estás enfermo —dijo Lydia—. ¿Quieres que me vaya?
—No, no. Estoy bien. Siempre me ocurre lo mismo al despertarme.

Lydia tenía una pinta magnífica. La luz entraba a través de las cortinas y se reflejaba en ella. Llevaba una naranja en la mano y jugaba con ella lanzándola al aire. La naranja giraba llena de color entre los rayos del sol.



—No puedo quedarme —me dijo—, pero quiero pedirte una cosa.

—Dime.

—Soy escultora. Quiero esculpir tu cabeza.

—Vale.

—Tendrás que venir a mi casa. No tengo estudio y tendremos que hacerlo allí. Eso no te pondrá nervioso, ¿verdad?

—No.

Apunté su dirección y las instrucciones para llegar allí.

—Trata de aparecer hacia las once de la mañana. Los niños vienen de la escuela a mediodía y nos molestarán.

—Me pasaré a las once.

Me senté frente a Lydia en la mesita de su cocina. Entre nosotros había un gran montón de barro. Empezó a hacerme preguntas.

—¿Viven todavía tus padres?

—No.

—¿Te gusta Los Ángeles?

—Es mi ciudad favorita.

—¿Por qué escribes sobre las mujeres de esa manera?

—¿De qué manera?

—Ya lo sabes.

—No, no sé.

—Bueno, me parece algo vergonzoso que un hombre que escribe tan bien como tú no sepa absolutamente nada de las mujeres.

No contesté.

—¡Maldita sea! ¿Qué habrá hecho Lisa con...? —empezó a rebuscar por todas partes—. ¡Oh, estas niñas que les quitan las herramientas a sus madres!

Lydia encontró una.

—Creo que ésta servirá. Ahora estate quieto. Relájate, pero estate quieto.

Yo le daba la cara. Ella trabajaba en la masa de barro con una herramienta de madera con un bucle de alambre. Me apuntaba con aquel instrumento por encima de la montaña de barro. Yo la miraba. Sus ojos me observaban. Eran grandes, de un color marrón oscuro. Incluso su ojo malo, el que no acababa de coordinarse con el otro, tenía buena pinta. Yo le devolvía la mirada.

Lydia trabajaba. El tiempo transcurría. Yo estaba en trance. Entonces ella dijo:

—¿Qué tal un descanso? ¿Te apetece una cerveza?

—Muy bien, sí.

Cuando se fue hacia la nevera yo la seguí. Sacó una botella y cerró la puerta. Mientras se volvía la agarré por la cintura y me la atraje. Junté mi boca con su boca y mi cuerpo con el suyo. Ella sostenía la botella de cerveza apartando el brazo. La besé. La besé otra vez. Lydia se separó de un empujón.

—Bueno —dijo—, ya es suficiente. Tenemos trabajo que hacer.

Nos volvimos a sentar y yo me bebí mi cerveza mientras ella fumaba un cigarrillo, con el barro entre nosotros. Entonces sonó el timbre de la puerta. Lydia se levantó y fue a abrir. Allí estaba una mujer gorda con ojos frenéticos e inquisitivos.

—Esta es mi hermana Glendoline.

—Hola.

Glendoline cogió una silla y empezó a charlar. Podía *de veras* charlar. Aunque hubiese sido una esfinge hubiera hablado igual, lo mismo que si hubiese sido una piedra. Me preguntaba cuándo se cansaría y se marcharía de una vez. Incluso aunque dejara de escucharla, me sentía como ametrallado por pequeñas pelotas de ping-pong. Glendoline no tenía noción del tiempo ni la menor idea de que pudiera estar molestando. Sólo hablaba y hablaba.

—¿Oye —le dije finalmente—, cuándo te piensas marchar?

Entonces comenzó una pantomima de hermanas. Empezaron a hablarse, la una a la otra, las dos de pie, agitando los brazos. Subió el tono de las voces. Se atacaban la una a la otra con verdadera agresividad física. Por último —cercano ya el fin del mundo— Glendoline hizo un gigantesco giro de torso y se fue volando hasta la puerta, atravesando las colgaduras del dintel y desapareciendo —aunque todavía se la podía oír irritada y bufando— de camino a su apartamento en la parte trasera del edificio.

Lydia y yo volvimos a la mesa de la cocina y nos sentamos. Ella cogió su paleta de esculpir. Sus ojos se clavaron en los míos.

3

Una mañana, unos cuantos días después, entré en el patio de la casa de Lydia al mismo tiempo que ella venía por el callejón de ver a una amiga, Tina, que vivía en una casa de apartamentos en la esquina. Parecía eléctrica aquella mañana, muy parecida a la vez que vino a verme con la naranja.



—¡Ooooh! —dijo—. ¡Llevas una camisa nueva!

Era cierto. Me había comprado la camisa pensando en ella, en verla a ella. Sabía que ella lo sabía y se estaba burlando de mí, pero no me importaba.

Lydia abrió la puerta y entramos. El barro estaba en el centro de la mesa de la cocina cubierto con un paño húmedo. Quitó el paño.

—¿Qué te parece?

No faltaba nada. Las cicatrices estaban allí, la nariz de alcohólico, la boca de mono, los ojos estrechados hasta parecer rendijas, y tenía la boba y complacida sonrisa de un hombre feliz, ridículo, disfrutando de su suerte y preguntándose el porqué. Ella tenía 30 años y yo más de 50. Me daba igual.

—Sí —dije—, me has dejado clavado. Me gusta. Pero parece que está ya casi terminado. Creo que me va a dar pena cuando esté acabado. Han sido unas cuantas mañanas y tardes cojonudas.

—¿Te ha quitado horas de trabajo?

—No, yo sólo escribo cuando se hace de noche. No puedo escribir a la luz del día.

Lydia levantó su espátula y me miró.

—No te preocupes. Todavía me queda mucho por hacer. Quiero conseguir la expresión perfecta.

Al primer descanso sacó una botella de whisky del refrigerador.

—Ah —dije yo.

—¿Cuánto quieres? —me preguntó enseñándome un largo vaso.

—Mitad y mitad.

Sirvió la bebida y yo me la eché al coleteo.

—Ya he oído hablar de ti —dijo ella.

—¿El qué?

—De cómo echas a patadas a la gente fuera de tu casa. Que pegas a tus mujeres.

—¿Que pego a mis mujeres?

—Sí, me lo han contado.

Abracé a Lydia y nos dimos el beso más largo de nuestra vida. La sostuve contra el fregadero y empecé a frotar mi polla contra su vientre. Me apartó de un empujón pero la volví a coger en mitad de la cocina.

Su mano buscó la mía y la guió hacia el interior de sus pantalones, por dentro de sus bragas. Uno de mis dedos tocó el borde superior del coño. Estaba húmeda. Mientras continuaba besándola, le trabajé la raja con el dedo. Entonces saqué la mano, me aparté, cogí la botella y me serví otro trago. Me senté junto a la

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

